

EN BARONIA NO HAY COBARDES

Alfonso Ochoa

ILUSTRACIONES DE Héctor Ruiz



EN BARONIA NO HAY COBARDES

Alfonso Ochoa

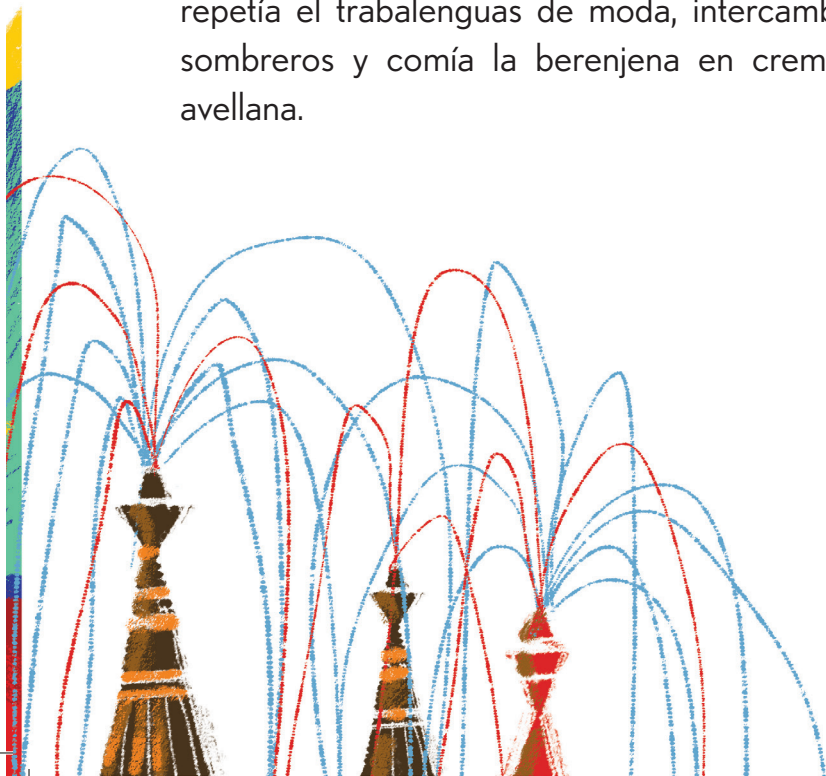
ILUSTRACIONES DE **Héctor Ruiz**





—¡**E**n este reino no se conoce un cobarde!
—gritó el rey orgulloso mientras se bañaba.
Y es que tenía por costumbre ensayar
bajo la ducha los discursos que más tarde habría
de pronunciar desde el balcón real.

En Baronía, un antiguo y pequeño país rodeado
de antiguos y pequeños países, con más puentes
que carruajes y techos de cuatro aguas, la gente
daba vueltas alrededor de la estatua ecuestre de Su
Majestad —siempre en el sentido de las manecillas
del reloj, como ordenaba la última proclama real—,
repetía el trabalenguas de moda, intercambiaba
sombreros y comía la berenjena en crema de
avellana.





Aunque los armadillos podían pasear sin correa y estaba permitido toser ruidosamente en lugares públicos, el rey dictaba todas las leyes. Y si el rey Fanfárreo III decía «Hace frío», todos corrían a ponerse suéter.

No, la gente no obedecía la voluntad del soberano así nada más, qué va. Ni tampoco el estado del tiempo se movía a capricho de Su Majestad en el valle de Baronía. No. En realidad, si el rey decía «Hace frío», sencillamente debía tener razón. Así lo demostraban las estadísticas de la Oficina para el Conteo de las Cosas Importantes,



que señalaban que el rey había acertado en las últimas dos mil doscientas doce afirmaciones que había hecho, entre las que se encontraban «La sopa está caliente», «Hoy llovió por la mañana» y «El norte está para allá».

Las conversaciones en palacio eran siempre amables. Ni los consejeros reales ni los ministros tenían problemas: trataban con un señor que no se equivocaba. A esa cualidad habría que agregar un singular padecimiento del rey, que consistía en una extraña sordera que se presentaba de manera esporádica y totalmente aleatoria.

–¡Qué bien se ve usted hoy, Su Majestad! –le dijo un día el miembro más respetado de la corte al encontrarse con él en el pasillo de aposentos.

El rey contestó con sinceridad:

–Gracias, Montebajo.

–Aunque tal vez sea momento de que Su Majestad se corte un poco el bigote –concluyó el



consejero, pero el rey no escuchó una sola sílaba de esto último y siguió su camino.

A todos los miembros de la corte esto les pareció extraño. Rápidamente el médico del palacio le diagnosticó «sordera real», un padecimiento atípico que lleva ese nombre debido a que solo le había dado al rey, y a que apareció justo el día en que fue investido como gobernante de Baronia.



Así, con un rey que no se equivocaba y que escuchaba solo la mitad de lo que le decían, se discutía poco en los pasillos del palacio. Y eso era bueno, pues todo era paz y silencio. Por eso, cuando el rey gritó en la ducha «¡En este reino no se conoce un cobardel!», su voz se alcanzó a escuchar hasta la real cocina de pasteles.

Pero no era suficiente: esa frase, contundente y certera, debía ser escuchada más allá del palacio. Por eso decidió gritarla en el balcón.

Y ante esa frase contundente y certera, la gente solo gritó hurras.

